



Trabajos sobre el

Folklore Argentino

Escuela Nacional N° 93.

1921.

V. Escelsior

Escuela N.º 93

Agustina J. de Alvarado

Origen de una fortuna tucumana

Narradora: señora Pastora J. de Flores, fallecida, hace 8 años, a la edad de 75 años y que, según su referencia, solía contarle su señora madre, cuando tenía 6 u 7 años de edad, la que a su vez obtuvo la versión de los mismos protagonistas del hecho.

Precisamente el día que se libró la batalla de Tucumán, el 24 de Setiembre del año 1812, todo el pueblo tucumano, estaba en una ansiedad terrible, por saber el resultado final de la contienda. Las señoras y la servidumbre, reunidas en la pieza más interior de la casa, rezaban sencillos rosarios por el triunfo de los mayos (los patriotas) y los pocos hombres que habían quedado en las casas, sea por su avanzada edad, o por otras razones muy justificables, estaban como sobre ascuas por tener alguna noticia siquiera de la refriega. El señor J., de rato, en rato, salía a la puerta, o se asomaba a una ventana, cuando sentía el tropel de alguien que pasaba a caballo, o todo escape con dirección a la plaza o viceversa, por la calle Crisóstomo Alvarado. Si era cierto el que pasaba, respiraba con satisfacción, por que era señal segura que los enemigos aun no se habían adelantado de la ciudad. El martes día 30 toda la tarde y un rato antes de la oración, en una de esas salidas alcanzó a ver un burrito cargado, con algo, que, asustado, paraba

las vigas y sagaba sin rumbo. Habiendo la atención al Sr X la carga y deseando satisfacer su curiosidad, abrió de par en par, la puerta de calle, abrió el jamante, desató nerviosamente las correas que la sujetaban y volcó la carga. Dio luego una fuerte palmada, al mismo tiempo para que se retire lo más pronto posible de aquel sitio sembrando terror. Una vez cerrada la puerta, procedió a investigar el contenido de la carga, y ¡cuál no sería su asombro, al encontrarse al frente de una carga de plata Blanca, que era por entonces la moneda corriente y que según se dijo en esa época, pertenecía al jefe de los godos y que no solo fué un bunicito el portador, de los tesoros de Cristóbal, sino que fueron varios. Había en aquella pelaca de cuero, chivitas de todos tamaños y de diferente valor.

El señor X ante esta botín Blanca como podemos llamarse, solo atizó a arrastrar el bulto a su dormitorio, temeroso de que la servidumbre se diera cuenta del suceso, echó llave a la puerta y fué lo más tranquilo posible a terminar su interrumpido rosario. Con solo la señora, que poseedora del secreto, quien en unión del esposo cavaron un hoyo debajo de la cama y guardaron el tesoro.

Terminada la batalla, victoriosos los moros, volvió la calma a aquella ciudad, perdurando solo el recuerdo de las nobles hazañas y la heróicaidad de ese noble pueblo, que de un espe-

dago, sacudió el yugo de los tiranos. Los labradores volvieron a sus faenas y los puebleros a sus interrumpidos trabajos. Fue entonces cuando el Sr. X dispuso, no enterrar sólo su caudal, sino emprender algún trabajo lucrativo que aumentara su fortuna y eligió el que por entonces daba mayores rendimientos y al cual se dedicaba toda la gente decente y rica de entonces; el de trapero. Con varios carros y bajo su mando, hacía viajes a B. Hines trayendo y llevando mercaderías, que daban pingües ganancias. Todo fue a pedir de boca. Hacía dos viajes por año y empezaron como por encanto a surgir los pequeños beneficios. La casa de familia que antes era de media agua, se hizo de dos; compró todos los terrenos baldíos de los alrededores de la propiedad y también los de la manzana de enfrente, agregando a esto una estancia, en las afueras, cerca de la capital, a la que se trajo de San Diego del Estero, animales vacunos y laneros; pero en la actualidad está cubierta de caña azúcar y lleva el nombre del apellido de los henderos.

Este es el origen de una, de las más sólidas fortunas lucumónicas.

V. Excelsior .

Escuela N. N. 93

Aguilina Y. de Alvarado

Cuento

El medio pollo

Relatado por una anciana llamada Francisca Perez, hacen 30 años que falleció y que segun su referencia, solian contárselo en su niñez.

Era una vieja, que vivia en un rancho, solita, sin mas compañía que los animales que criaba, a los que profesaba un cariño maternal. Entre éstos habia criado un hurón, que era muy mansito, dormia con la vieja, comia los ratones y era muy entendido. Todas las noches, la vieja lo mandaba a que robara huevos en los gallineros vecinos, por que ella no criaba estos animales, por que traian desgracia. El hurón se deslizaba por entre las plantas, bombiaba por las casas y cuando nadie lo divisaba, se metia a los gallineros y robaba los huevos, hasta quedarse repleto, y el último era para la manna vieja, quien todas las mañanas encontraba uno en su cama. Asi fueron llegando, uno a uno los huevos, hasta llegar a trece, cuando se le ocurrió a la anciana, llevarlos a una comadre para que los hiziera empollar al partir. La comadre, muy quito se los puso bajo de una cluceci, y todas las mañanas, en algunas antes de hacer ningún trabajo, iba al nido, haciale tres cruces a la gallina y decia: "Padre mio San Salvador, que salgan, todas hembras y un solo cantador" Al fin nacieron los pollitos,

todas pollas y un solo gallo, los que crecieron bajo el solcito, cuidado de
 la comadre. Llegó la época de repartirse, quedando cada comadre con
 seis pollas, y no sabían qué hacer del gallo. Una opinaba que debían
 venderlo, la otra que lo mataran y se lo comieran, y como no llegaron
 a un acuerdo, resolvieron partirlo medio a medio, quedando cada
 una con un medio pollo. La vieja comió su parte, y la comadre lo
 curó y sanó el medio pollito, que todo el día andaba tras de
 la vieja, *pis, pis*. Le hizo grande, creció bastante y sintiéndose fuerte,
 un día le dijo a su bienhechora, que le diera su bendición que quie-
 ría ir a rodar tierra. — Pero hijito si sos tan chiquito, donde te va
 el zorro te va a comer. — No, manita que nada me pasará, y al-
 gun día le pagaré los favores que me ha hecho. Llorando la vieja, le
 echó tres bendiciones y con un Dios te ayude, salió medio pollo, por un
 caminito muy largo y angosto, donde después de mucho andar en-
 contró una iguana, quien al verle le dijo: — ¡Hola! medio pollito, que
 hambre tengo, ahora sí que te voy a comer. — Dejate de embromar
 veni ramos a rodar tierra, entrate por mi piquito y traucate con un
 palito. — Así lo hizo, y siguieron viaje juntos.

Mas allá, encontró a un zorro
 que le dijo: — ¡Hola! medio pollito, estaba afilando estos dientes, para co-
 mer una media calabazita gorda como canillas de moza. — Dejate
 de embromar, ramos a rodar tierra, entrate por mi piquito y traucate

con un palito. Así lo hizo el zorro y siguieron viaje los tres, los cuales después de mucho andar encontraron a un león, flaco, pijo de ojos, negro y rabon que al ver a medio pollito se le hacia agua la boca, y se relamía de gusto creyendo que iba a dar término a su prolongado ayuno. — Acercate, medio pollito, que tengo que decirte un secreto en el oido — Dese de contornar tata leon, ya conozco tus marañas, vení vamos a robar tierra, que tal vez por ahí encontremos mejor suerte. Con hambre y todo, se cubrió el leon por el piquito y se trancó con un palito, y el medio pollo, siguió andando por un caminito largo y angosto, hasta que llegaron a un pueblo, en donde había un palacio, que vivía un rey, el que, al ver este miserable medio pollo, le dio lástima y le ordenó a una esclava que lo eche en el granero por que debia tener hambre. Allí pasó toda la noche y al día siguiente cuando una sirvienta fue a verlo; se quedó asombrada, al ver que no había ni un solo grano de maiz, pues todo, enteramente, todo se lo había comido medio pollo. Furioso el rey, mandó apaleas al hambriento, el que cacareando se escapó de la zorra de los esclavos y siguió andando, por un caminito largo y angosto, hasta que encontró un río crecido, y no sabiendo como hacer para pararlo, abrió el piquito y se tragó el agua del río, y cuando estuvo seco pasó y siguió viaje. Mas allí encontró una jirca que se paseaba por el campo, quien al ver a medio pollo se conchólo, lo pilló y lo llevó a su casa, alojándolo en el gallinero. Era esta gente, rica, tenían haciendas, y

una linda casa. Por la noche cuando todos dormían, salió de dentro del medio pollo, retirando la tranquita, la iguana, la que empezó a recalar los ruidos; salió el zorro, que empezó a matar a las gallinas y el león que cogió a las vacas y terneros. Los dueños no sabían donde atacar primero si al corral o gallinero, y en este último, muy arriesgado encontraron a medio pollo, al que empezaron a darle zurras, por que había traído la desgracia a la casa. Al otro día, la señora dispuso quemarlo vivo, y con tal objeto ordenó a las sirvientas que carguen el horno con bastante leña, teniendo cuidado de colocar en el fondo a medio pollo. Prendieron fuego, y cuando ya medio pollito empezó a sentir calor, arrojó el río encendido, que apagó la hoguera, inundó la casa, y llevó a la dueña, a la hija y a las sirvientas; quedando él, de dueño y señor de todo y de tan pobre que era, se encontró dueño de una linda casa.

Hicieron un banquete celebrando el acontecimiento, en donde no faltaron los nuevos traídos por la iguana, los pollos y gallinas traídas por el zorro y los terneros, acarreados por el león; así también me invitaron, comí bastante, bailé y eché unas cuantas relaciones y de dicho no traje nada para ^{vos}

Entró por un zapatito rojo, para que ^{vos} me cuenten otro.

V. Excelesior

Escuela No. 76° 93

A. J. de Alvarado

Supersticiones

Quando se pedia una merced a San Antonio y no hacia frente el milagro, se le ponian un goro colorado, por que este santo odia atrozmente a este color, quien por verse libre de semejante adorno, se apresuraba a conceder lo que se le habia solicitado.

Quando se desencadenaban esas improvisadas tormentas de verano, acompañadas de truenos, relámpagos, rayos y centellas, las ancianas a cada detonación exclamaban: Santa Bárbara doncella, con San Jerónimo en armas, libranos de la centella. Si estos recordables eran acompañados de piedras, corria la mas vieja de la casa, mezclaba ceniza con sal y hacia con esto una gran cruz en aire libre, e inmediatamente cesaban los pedriscos.

Supersticiones

Cuando una persona era atacada de hipo, se curaba instantaneamente dándole un susto, el que podía consistir, en darle una mala noticia al paciente, o algún comedido, venia muy despacio, en fustillas y le decía: 'chau' inmediatamente se retiraba el molesto hipo.

Cuando un labrador sembraba en su campo semillas de zapallo, veían las plantas echando guías y flores, pero no, flores con frutos, decían que las plantas se habían enojado. El remedio consistía, en buscar una joven recién casada, en estado interesante y le pedían que fuera a desverguar el zapallar. La floranante señora, iba al sembrado, pisaba las plantas, buscando especialmente los tallos y arrancaba todas las flores machos. Aquella operación era una bendición de Dios, al día siguiente había flores a gran abundancia con sus respectivos zapallitos y el dueño obtenía una excelente cosecha.

Supersticiones

Cuando salía un orzuelo, era señal segura de que lo habían
oído y el paciente tenía que levantarse muy temprano, dar
tres vueltas al mortero que había en la casa y exclamaba: se-
ñor don mortero, venga a que me cure este orzuelo.
Santa cosa, se disipaba como por encanto, el modesto mal.

Cuando salían en las manos, unas berrugas llamadas testes, se
contaba tantos granos de maíz, como testes haya, a los que se despojaba
del corazón o sea esa parte harinosa, se untaba con sangre de la
berruga, se encerraban en una bolita, y el paciente, tenía que
caminar tres cuadras por lo nuevos, tiraba la bolita y corría
velozmente sin darse vuelta. El curioso que haya visto
lo que la tal bolsa contenía se llenaba de testes, mientras
que el primer sanaba totalmente.

**FOJA EN
BLANCO**